

Se trata del Poder...

POR RON OSWALD

LA DEBACLE DEL SISTEMA FINANCIERO INTERNACIONAL Y SUS CONSECUENCIAS PARA LA ECONOMÍA DEJA A CIENTOS DE MILES DE TRABAJADORES, MUCHOS DE ELLOS MIEMBROS DE FEDERACIONES SINDICALES MUNDIALES, EN UNA SITUACIÓN DESESPERADA. ES DIFÍCIL HABLAR DE OPORTUNIDADES, PERO UNA COSA ES CIERTA: ESTE SISTEMA NO PUEDE SEGUIR FUNCIONANDO COMO LO HA HECHO HASTA AHORA.

La liberalización de los mercados está siendo objeto de las críticas más fuertes que ha recibido en décadas, y el mercado libre ha quedado completamente desprestigiado como modelo de economía global.

Tenemos la oportunidad de cambiar el sistema neoliberal. Está bastante generalizada la idea de que la política debe reafirmar su papel como motor de la economía. Por eso, cuando hablamos de oportunidades nos referimos a oportunidades políticas, con el objetivo de que los organismos internacionales que hasta ahora han protegido un capitalismo sin restricciones sean actualizados y remodelados para fijar su atención en la regulación del capital y no en la liberalización de la economía.

Sin embargo, todavía nos queda mucho camino por recorrer. Lo que hemos observado hasta ahora son esfuerzos nacionales en diversos países del mundo por imponer un control político sobre el mercado libre. Muchos gobiernos están interviniendo directamente para controlar el sistema bancario, pero muchos de ellos no están dispuestos a ejercer realmente el poder que tienen. El gobierno británico, por ejemplo, al igual que muchos otros, ha intervenido en el sistema bancario. Sin embargo, en lugar de dar unas instrucciones claras, se limita a sugerir o a pedir que se tomen determinadas medidas.

A pesar de todo lo que se habla en los círculos políticos de “una nueva arquitectura financiera mundial”, la primera reunión de los líderes mundiales para afrontar la crisis económica,

celebrada en Washington en noviembre de 2008, arrojó escasos frutos.

A pesar de la inyección de billones de dólares de dinero público en los sistemas bancarios nacionales, la carnicería continúa y ahora devasta la producción y los servicios. Mientras se destruyen puestos de trabajo por hora en todo el mundo, surgen nuevas ofertas financieras con respecto a la deuda corporativa y las acciones, ya que los inversores tratan de sacar provecho del daño.

El plan para el cambio, displicente y poco claro, puso de relieve una comunidad política incierta y nada centrada, a diferencia de las necesidades del sector financiero, precisas y complejas. El Institute of International Finance, la organización mundial de negociación del sector financiero, estableció sus demandas en una carta la víspera de la cumbre, firmada por el Presidente del IIF (y director del Deutsche Bank) Joseph Ackermann y otros cuatro banqueros de gran renombre. Dicha carta contenía dos demandas principales: En primer lugar, la creación de un consejo de coordinación mundial para la regulación financiera que dirija el sistema financiero internacional, y en segundo lugar la ampliación del grupo de naciones exclusivas del G8 al G20.

En el proyecto del nuevo Consejo, el IIF pretende fortalecer el papel del Fondo Monetario Internacional a pesar de su función destructiva en anteriores crisis. El Consejo actuaría como grupo paraguas para bancos privados y organismos multilaterales de préstamo, y estaría en contacto con órganos de supervisión que vigilarían (según reza la

carta) “las principales 30-40 instituciones mundiales de servicios financieros”.

El IIF considera que la ampliación del G8 a G20 y el aumento de los derechos de representación de lo que denominan “varios países en desarrollo sistemáticamente importantes” en el FMI y en otras organizaciones multilaterales constituye la base para la ampliación y la integración del sector mundial de los servicios financieros.

Los responsables del sector financiero, impertérrito ante la insensatez de anteriores medidas, tienen un programa claro. Ellos afirman lo siguiente: *“Mientras los organismos financieros y los mercados retoman el funcionamiento normal, es necesario formular y aplicar estrategias de salida bien definidas. Las medidas de urgencia no deberían servir de fundamento para que el público tuviera un papel más importante de manera prolongada en el sistema financiero internacional: esto pondría en peligro las expectativas de un crecimiento sostenible renovado de producción y de empleo mediante la introducción de ineficiencias generales en los mercados mundiales”.*

El mensaje es claro: en tiempos de crisis, los gobiernos deberían rescatar el sector financiero y posteriormente regresar de inmediato a apoyar la expansión de la financiación privada garantizando la deuda pública, un papel tradicionalmente más limitado.

¿El nefasto rendimiento de los gobiernos refleja simplemente una falta de voluntad e imaginación por su parte? ¿Es realista imaginar que las alternativas a la ortodoxia neoliberal surgirán de manera espontánea de un Grupo de 8 ampliado a 20, 30 o más bancos centrales cuando el único compromiso común de sus grupos financieros nacionales es proteger el valor de sus reservas del dólar?

La ampliación de la participación de los países en desarrollo (seleccionados) en las actividades de la cumbre mundial exige una mayor representación pero

deja intactas las relaciones sociales y el equilibrio de fuerzas, que forman la base del sistema y de su crisis actual.

Una nueva arquitectura financiera no se construye añadiendo simplemente habitaciones. Es necesario un nuevo fundamento, y no lo vamos a obtener “presionando” al FMI o mediante cónclaves periódicos de gobiernos.

Necesitamos una intervención, pero debe ser menos tímida y de alcance global. Los organismos internacionales, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, establecidos hace 60 años, deben comenzar a actuar como reguladores del Mercado. De esta manera podrán proporcionar la base para la creación de una economía mundial sostenible, algo que echamos mucho de menos en la actualidad.

Estos organismos internacionales, a los que se denominó instituciones de Bretton Woods por el lugar en el que nacieron, fueron creados en un mundo muy distinto al que habitamos hoy en día.

La población activa desea unas instituciones nuevas y más democráticas para gestionar el comercio global y los asuntos económicos mundiales. Consideran que la expansión de la pobreza y la miseria a lo largo del mundo es un problema mucho mayor para la seguridad del planeta que esos asuntos que ocupan la agenda del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, comprometido a mantener la paz.

Sin embargo, los alto el fuego y los tratados de paz no bastan para crear una sociedad justa y libre. Quizá podríamos invertir el verdadero poder (como el que tiene el Consejo de Seguridad) en el Consejo Económico y Social (ECOSOC) de las Naciones Unidas.

El órgano que tiene el mandato y la autoridad, así como la capacidad política, para imponer una economía sostenible podría cambiar mucho las cosas con el fin de crear sociedades pacíficas, prósperas y socialmente justas. El azote de la pobreza y el escándalo de la desigualdad social son problemas profundamente arraigados que deben ser abordados si realmente queremos crear una paz duradera.

Las peticiones de una mayor estimulación de la demanda, más imparcialidad y más respeto por los derechos de los trabajadores posiblemente no sean tenidos más en cuenta ahora de lo que lo han sido hasta el momento. La experiencia de los últimos veinte años, período en el que se desplegaron históricos beneficios

laborales en casi todos los frentes, demuestra lo contrario.

El movimiento laboral, ya sea nacional o global, se enfrenta a una crisis de una profundidad y un alcance enorme. Instituciones tales como el FMI, que siempre han servido de instrumentos para resolver crisis más limitadas, carecen en la actualidad de los recursos necesarios para hacer frente a la situación. Y los gobiernos no sufren ahora la presión social y política masiva que les obligaría a abordar la crisis de una forma que pudiera invertir décadas de destrucción social y medioambiental y fortalecer la capacidad de movilización de los trabajadores.

En este contexto, cualquier opción debería considerarse abierta: una oportunidad para que los sindicatos intervengan de otra forma a través de alianzas nuevas. Si los gobiernos son incapaces de actuar, no basta con recurrir al programa y a las estrategias del FMI y a los que nos metieron en este problema en primer lugar.

La UITA, por su parte, tiene por delante dos tareas a la hora de promover un nuevo enfoque. La primera de ellas es colaborar con nuestros miembros para protegerles de la mejor manera posible frente a los efectos de la crisis económica y el fracaso financiero.

Rechazamos la ilusión que en ocasiones genera hablar de “economía financiera” y “economía real”. Solamente hay una economía. La manipulación de las empresas y las sociedades es lo que ha permitido separar las cuestiones financieras de los problemas de la economía real.

En la economía mundial única, debemos unirnos para protegernos, sobre todo frente a las sociedades transnacionales que se encuentran en una situación delicada a causa de la crisis pero que tratan de sacar provecho del miedo extendido por ésta para imponer los cambios que hace tiempo han querido imponer en materia de empleo y de derechos sindicales.

Nuestra segunda misión será unirnos a los demás en el movimiento sindical mundial y en la sociedad civil general para exigir cambios en el modo en que se regula la economía. Debemos actuar con rapidez, porque es posible que este clamor por el cambio no dure mucho.

Hay quien piensa todavía que el sistema es “profundamente sólido”. No lo es, pero si cabe la posibilidad,



y con miles de millones de dinero público para respaldarles, tratarán de recuperar su credibilidad y sus estructuras sin efectuar cambio alguno en los fundamentos que han brindado al comercio libre y a los fundamentalistas del libre mercado una influencia ilimitada durante los últimos 30 años. En su lugar, debemos asegurarnos de que la política funcione cuando se supone que debe hacerlo, es decir, a la hora de controlar y dirigir la economía global.

Deberíamos exigir en el trabajo, en la calle, en cualquier foro público y a través de la creación de otros nuevos, que los gobiernos y las empresas se responsabilizaran del aumento del desempleo en un momento en el que se están destinando cantidades de dinero público sin precedentes al sistema bancario. Tras las mayores nacionalizaciones de la historia, el movimiento laboral debería insistir en que los bancos sean regulados como un bien público, estén estructurados como un servicio público y se ocupen de alcanzar objetivos políticos democráticos. El dinero se debe usar para financiar inversiones reales, no para financiar la financiación.

Debemos unirnos al movimiento general que pretende lograr cambios radicales y fundamentales en los organismos internacionales para que se adapten a los objetivos de controlar y regular la economía mundial actual.

No va a ocurrir de la noche a la mañana, pero tenemos la oportunidad de salir de la sombra y situar el movimiento sindical en el centro de las demandas de un cambio que genere un mundo muy diferente al que acabamos de consentir.

Ron Oswald es Secretario General de la Unión Internacional de los Trabajadores de la Alimentación, Agrícolas, Hoteles, Restaurantes, Tabaco y Afines (UITA).